

Una coreografía de a dos

Los pasos eran los correctos, pero a veces los hacíamos sin mirar, sin reconocernos, como si en vez de bailar en espejo lo hiciéramos de costado, de refilón, como quien avanza por el empuje del ritmo, sin coordinar. Eramos bailarines profesionales aprendiendo a gatear, intentando crear algo visualmente agradable para darle placer al mundo, privándonos de nuestro propio goce.

En nuestras horas de entrenamiento escuchábamos sin cesar las voces de los directores diciéndonos que las más lindas coreografías eran las que se bailaban de a dos; porque de a uno no se valora la sincronía, ni la coordinación, de a uno el movimiento es bello, pero casi insensato, casi hedonista. Tenían razón, bailar de a dos y hacer algo realmente bello era un desafío de esos que te obligan a desnudar cuerpo y alma, a destruir para construir, y nosotros, como buenos novatos, peleábamos en terreno pantanoso.

¿Cómo hacer una coreografía de a dos si nos habían entrenado para ser uno? A él y a mí nos habían preparado los mejores, teníamos que brillar, aunque no estuviésemos de acuerdo, pero siempre de manera individual, nunca compartiendo marquesina. Estábamos formados en escuelas distintas, él venía de una academia casi ortodoxa, de reglas claras, castigos punitivos, entrenamientos inflexibles e ira contenida. Esos sentimientos lo convertían en un ser excepcional delante del público; podríamos decir que ante el escrutinio del otro era casi perfecto, sus movimientos sumamente precisos, su sonrisa, inmaculada igual que su prestigio. Pero puertas adentro la cosa era distinta, corría un río de lava que regurgitaba entre estructura y estructura; y cuando se salía de cauce no dejaba ni a Pompeya. Para él, salir de la coreografía planteaba la posibilidad del cataclismo, de una mega ola de emociones que no sabía controlar, igual que su magma, cómodamente afianzado en su sistema circulatorio.

Yo venía del mundo de la improvisación, casi de la inconciencia, me habían educado en la libertad del ser a la enésima potencia. No sabía de estructuras, me parecían prisiones de la mente diseñadas para apaciguar nuestra mente ambivalente, yo sentía más que todo, y rugía por no poder sacar al león que tenía parado enfrente de su guarida.

El y yo, nos habíamos encontrado casi sin querer en un teatro perdido, esos momentos en los que la vida te pone más cerca del destino. Y en un solo atardecer nos dimos cuenta de que juntos teníamos muy buen ritmo, por eso decidimos pensar en salir del estrellato y empezar a soñar con más. Los planetas chocaban en cada entrenamiento, a veces éramos pólvora, pero con demasiado fuego podíamos causar incendios. Por eso a nadie le gustaba dirigirnos, porque muchas veces estábamos a un paso del abismo.

El profesor nos gritaba: - “De a dos, el movimiento se hace flujo, se hace música, se ve efusivo y latente, pero con ustedes, depende del humor del sol naciente”. El problema era que bailábamos de a uno, pero éramos dos, y así, nuestras coreografías se tornaban mustias, competitivas, poco equilibradas y tensas. “¿Quién lleva el movimiento? ¿Quién lo sigue?”, me preguntaba él. A lo que yo respondía en retórica: ¿Y si nadie lo hiciera? ¿Y si sólo dejáramos a los cuerpos bailar, actuar en relación al movimiento del otro sin ningún rigor o figura que esperar? Allí haríamos música, haríamos nuevos ritmos, dibujaríamos canciones, sin pretender llevarnos galardones.

El problema que yo tenía es que quería volar, no hacer figuras, eso era aburrido y no me dejaba soñar. Yo sabía que del baile al salto la línea era delgada, pero tenía la confianza de caer parada. Pero, a mí, no habían figuras ni coreografías que pudieran darme lo que necesitaba, tenía una pulsión casi obstinada por salir de las convenciones, que a veces, me ahogaba. Y todo esto a él realmente le molestaba, lo desquiciaba, lo perturbaba,

haciendo que su baile se convirtiera casi en un ritual, en un despliegue de masculinidad y poder donde para mí no había ni un ápice de equidad.

Yo insistía, era obstinada y no sabía que cuanto más lo hacía, más crecía el mar de lava.

Era mi propia naturaleza que me propulsaba como a una patinadora de hielo en un giro triple hacia la pista, y en ese intento, la coreografía se me iba de vista. Y allí se armaba el caos, porque en su orden, no había lugar para la novedad.

Mi compañero sabía sostenerme, era un gran bailarín, tenía zapatos lustrados y brazos trabajados, pero su foco era la figura, sin ella perdía la cordura. Y yo con la vida en la mano y mi soltura, sentía que se me acartonaba la mente y me apagaba hasta ser indiferente.

Salirse de la coreografía hacía de la práctica algo insostenible, una especie de acto de traición que desataba la ira incontenible. Y ahí estaba yo, intentando seguir la perfección de cada paso para no descordinar, sabiendo que en realidad sólo quería saltar; dibujar con los pies, sentir cada movimiento sin esperar el que viniera después. Frustración tras frustración, la que dejaba de sonreír, ahora era yo.

En esos momentos el profesor me criticaba, me hostigaba, me decía que había que atenerse a la coreografía, que la improvisación de nada servía, y mis ideas alborotadas a la ruina nos conducirían.

Y yo replicaba que la coreografía de a dos era una gran mentira, porque no era de a dos, era una mera coreografía, un molde, un esquema sin valía. La coreografía no existía y yo insistía, pero nadie me entendía.

Entonces un pensamiento se me cruzó, llamó a otro y empezó la acción. Bailar realmente de a dos, necesitaba un cambio de escenografía y eso era más que una coreografía. ¿Quizás algo nuevo, nos permitiría empezar de cero?

Por eso cambié la música y él se conmovió, entendió por fin, la invitación. Otro ritmo sonó, uno que nadie nunca escuchó: era lambada, era salsa, era hip hop y vals en un licuador; en definitiva, era todo lo que era yo. Era un baile del vivir, en el que para triunfar sólo había que sentir. Había que explorar, saltar, girar y transpirar, quizás coreografiando, quizás simplemente creando. Y ahí nomás, empezamos, empezamos por fin a andar.

Mi bailarín volvió a lustrar sus zapatos y por fin se dejó llevar. Hay quien dice que hasta se rio, no de mí, sino del ton y del son, del sistema, de la patinadora sobre hielo con ideas locas que a veces no se podía ni atar las botas. Hicimos un happening de a dos y así entendimos, que las coreografías no sólo se bailan, sino que se disfrutan con dos. Finalmente, el profesor lo aceptó, nos miró a los ojos y con una sonrisa nos felicitó: “Es la fluidez del movimiento la que hace al par, porque en armonía conjunta se marca el paso que te permite despegar y bailar hacia la eternidad”.